

II

INVESTIGACIONES

LA muerte de miss Bakefield, el ataque salvaje de los tres enmascarados personajes, el probable asesinato de los dos viajeros, la pérdida de los billetes de banco propios: nada de eso impresionó tanto el espíritu de Raúl como la visión tenida en último término. ¡La señorita de los ojos verdes, la más graciosa y seductora mujer que nunca encontrara, ¡surgiendo de la sombra criminal! La señorita de los ojos de jade, hacia la cual le había impulsado desde el primer momento su instinto de hombre, ¡aparecía con la blusa manchada de sangre, con una cara desencajada, en compañía de dos espantosos asesinos, y, como ellos, robando, matando, sembrando la muerte y el espanto!

Raúl de Limézy (continuemos llamándole así, ya que Arsenio Lupin desempeñó bajo ese nombre su papel en el drama), aunque su vida de gran aventurero, mezclado a tantos horrores e ignominias, le hubiese endurecido

para los peores espectáculos, permanecía confuso ante una realidad que le era imposible concebir y, en cierto modo, abarcar. Los hechos iban más allá de su imaginación.

Al exterior había cierto estruendo. De una estación cercana, la de Beaucourt, acudían los empleados. También acudía un grupo de obreros ocupados en las reparaciones de la vía. Sonaban llamamientos. Y se buscaba de dónde venía la voz.

El revisor cortó las ataduras de Raúl, mientras escuchaba sus explicaciones. Luego abrió una ventana del pasillo e hizo seña a los empleados.

— ¡Aquí! ¡Aquí!

Volviéndose hacia Raúl, le dijo:

— Esta joven ha muerto, ¿no?

— Sí: estrangulada... No es sólo eso: Allí al final hay dos viajeros también muertos...

Marcharon rápidamente al final del pasillo.

En el último departamento había dos cadáveres. Ninguna señal de tumulto. En las redes, nada: ni maletas ni paquetes.

En aquel momento, los empleados de la estación intentaban abrir la portezuela correspondiente a esta parte del vagón. Estaba clavada, lo cual hizo comprender a Raúl la causa de que los tres bandidos hubieran tenido que volver por el camino del pasillo y huir por la primera puerta.

Ésta, efectivamente, la encontraron abierta. Por allí subieron varias personas. Salían otras por la pasarela de fuelle. Y ya llenaban ambos departamentos cuando una voz fuerte profirió en tono imperioso:

— ¡No toquen nada!... ¡Deje ese revólver

donde está, caballero! Es una pieza de convicción de extraordinaria importancia. Además, convendría que todos desalojaran. El coche va a ser desenganchado y el tren partirá en seguida. ¿No es así, señor jefe?

Se dirigía al de la estación.

En los momentos de trastorno, basta que alguien hable claramente y sepa lo que quiere, para que todas las voluntades dispersas se dobleguen ante esa energía que parece la de un superior. Y éste hablaba rotundamente, cual hombre acostumbrado a que le obedezcan. Raúl le miró y quedó maravillado al reconocer al individuo que había seguido a miss Bakefield y abordado a la señorita de los ojos verdes; al individuo a quien él había pedido fuego, al gomoso, en una palabra, a quien la inglesa llamaba señor Marescal. Puesto de pie a la entrada del departamento en que yacía la joven, cerraba el camino a los intrusos y les empujaba hacia las puertas abiertas.

— Usted, señor jefe—añadió—, ha de encargarse de dirigir la maniobra, ¿no? Llévase a todos los empleados. También convendría llamar por teléfono a la gendarmería más cercana, hacer que venga un médico y avisar al juzgado de Romillaud. Nos hallamos ante un crimen.

— Ante tres asesinatos —rectificó el revisor—. Han huído dos hombres enmascarados que me atacaron.

— Lo sé—dijo Marescal—. Los obreros de la vía han visto sombras y les persiguen. En lo alto del talud hay un bosque. Y la batida se organiza a su alrededor y por la carretera. Si hay capturas nos enteraremos aquí.

Pronunciaba las palabras duramente, con gestos secos y continente autoritario.

Raúl se asombraba cada vez más. No obstante, recobró de pronto toda su sangre fría. ¿Qué hacía allí el majadero aquél? ¿Qué le daba tan increíble aplomo? ¿No ocurre, por ventura, que el aplomo de los personajes proviene precisamente de que tienen algo que ocultar tras su fachada aparatosa?

Y ¿cómo olvidar que Marescal había seguido a miss Bakefield durante toda la tarde, que la acechaba antes de la hora de la partida y que, indudablemente, se encontraba en el vagón número 4 a la hora en que se tramaba el crimen?... De un vagón al otro iba la pasarela: la pasarela por donde los tres bandidos enmascarados habían surgido y por donde uno de ellos había podido volver... Este último, ¿no sería el personaje que ahora mandaba temerariamente?

El coche se había desalojado. No quedaba más que el revisor. Raúl intentó acercarse a su asiento. Se lo impidieron.

—¿Cómo, caballero?—exclamó, seguro de que Marescal no le reconocía—. ¿Cómo? Yo estaba ahí. Y quiero volver.

—No, señor—repuso Marescal—. Todo lugar donde se ha cometido un crimen pertenece a la justicia, y nadie puede penetrar en él sin autorización.

El revisor terció.

—Este viajero fué una de las víctimas del ataque. Lo han atado y desvalijado.

—Lo lamento—dijo Marescal—. Pero las órdenes son formales.

—¿Qué órdenes?—replicó Raúl, irritado.

—Las mías.

—Raúl se cruzó de brazos.

—Pero, ¿con qué derecho habla usted, caballero? Será con el que usted se hace con una insolencia que los demás pueden aceptar, pero que yo no estoy en vena de sufrir.

El gomoso alargó su tarjeta de visita, diciendo con voz pomposa:

—Rodolfo Marescal, comisario del servicio de averiguaciones internacionales, agregado al ministerio del Interior.

Y parecía creer que, con semejantes títulos, no había más remedio que inclinarse ante él.

—Si he tomado la dirección de los acontecimientos—agregó—es porque estoy de acuerdo con el jefe de la estación y porque mis especiales atribuciones me autorizaban a ello.

Raúl, algo cohibido, se contuvo. El apellido Marescal, en el cual no se había fijado, despertaba súbitamente en su memoria el confuso recuerdo de ciertos asuntos en que, según le parecía, el comisario había demostrado un mérito y una clarividencia notables. De todos modos era absurdo hacerle frente.

—La culpa la tengo yo—pensó—. En vez de cumplir el último deseo de la inglesa, he perdido el tiempo emocionándome con la muchacha enmascarada. Pero, de todos modos, ya te atraparé, señor gomoso, y sabré qué hacías en el tren, ocupándote de un asunto en que las dos heroínas son precisamente las dos mujeres bonitas de marras. Pero, entretanto, tomemos las de Villadiego.

Y, en un tono deferente, como si hiciera mucho caso al prestigio de las elevadas funciones, dijo:

—Excúseme, caballero. Aunque soy poco parisiense, porque generalmente vivo fuera de Francia, su renombre ha llegado hasta mí. Recuerdo, sin ir más lejos, el asunto de unos pendientes...

Marescal se engalló.

—Sí, los pendientes de la princesa Laurentini—aclaró—. No estuvo mal la cosa. En lo de hoy se procurará quedar mejor. Confieso que antes de que llegue la gendarmería y, sobre todo, el juez de instrucción, quisiera llegar en las investigaciones hasta el punto en que...

—En que—terminó Raúl—no tuvieran esos caballeros más que decir la última palabra. Me parece bien. Y si mi presencia puede serle útil, no continuaré mi viaje hasta mañana.

—¿Útil? Extraordinariamente. Se lo agradezco.

El revisor tuvo que marcharse luego de decir lo que sabía. El vagón ya estaba apartado en una vía de maniobras. Y el tren se alejó.

Marescal comenzó sus investigaciones. Luego, con la evidente intención de alejar a Raúl, le rogó que fuera a la estación para buscar paños con que recubrir los cadáveres.

Raúl bajó muy aprisa, dió la vuelta al coche y se levantó al nivel de la tercera ventana del pasillo.

—Como yo me figuraba—dijo—, este petulante querrá estar solo. Alguna pequeña maniobra preliminar...

Marescal, en efecto, había levantado un poco el cuerpo de la joven inglesa y entreabierto su abrigo de viaje. Colgando del cinturón lle-

vaba un bolsito de cuero rojo. El hombre le desabrochó la correa, cogió el bolso y lo abrió. Contenía papeles, que se puso a leer en seguida.

Raúl, que le veía de espaldas y que, por tanto, no podía deducir de su expresión lo que pensaba de la lectura, se marchó gruñendo:

—Date prisa, compañerito, porque te atraparé antes de llegar al fin. Me han legado esos papeles. Y nadie más que yo tiene derecho a ellos.

Cumplió la misión de que estaba encargado. Y cuando volvió con la mujer y la madre del jefe de estación, que se ofrecían para el fúnebre velatorio, se enteró por Marescal de que en el boscaje habían sido vistos dos hombres que se escondían entre la maleza.

—¿No hay ninguna otra indicación?—preguntó Raúl.

—Ninguna—declaró Marescal—. Por cierto que uno de esos hombres, al saltar, ha perdido un tacón enganchado entre dos raíces. Lo han recogido. Pero se trata de un tacón de mujer.

—Entonces, ¿nada?

—Nada.

Tendieron a la inglesa. Raúl miró por última vez a su bella y desventurada compañera de viaje y murmuró para su capote:

—La vengaré, miss Bakefield. Si no he podido guardarla y salvarla, le juro que sus asesinos serán castigados.

Pensaba en la señorita de los ojos verdes. Y repitió, al encontrar a la misteriosa criatura, el mismo juramento de odio y vengan-

za. Luego, bajando los párpados de la joven, le puso un paño sobre el pálido rostro.

—Era realmente guapa—dijo—. ¿No sabe usted su nombre?

—¿A qué santo?—declaró Marescal con disimulo.

—¡Hombre! Aquí hay un bolso...

—No debe abrirse si no es en presencia del juzgado—dijo Marescal, que se lo puso como bandolera en un hombro y que añadió: —Es sorprendente que los bandidos no la hayan robado.

—Seguramente contendrá papeles...

—Esperemos al juzgado—repitió el comisario—. Es raro, es raro que esos bandidos, que han desvalijado a usted, no la hayan robado nada a ella: ni esa pulsera, ni ese broche, ni ese collar...

Raúl contó lo que había ocurrido, haciéndolo, al principio, con precisión, deseando colaborar al descubrimiento de la verdad; pero, poco a poco, y como quiera que oscuras razones le impulsaban a desnaturalizar ciertos hechos, no habló del tercer cómplice y no dió de los de los otros dos más que referencias aproximadas. Lo más importante fué no revelar la presencia de una mujer entre ellos.

Marescal escuchó e hizo algunas preguntas. Luego, dejando a una de las mujeres, se llevó a la otra al departamento en que yacían los dos hombres.

Aunque uno de ellos era más joven, se parecían; ambos ofrecían las mismas facciones vulgares y las mismas cejas espesas; ambos llevaban trajes igualmente grises y mal cor-

tados. El más joven había recibido una bala en plena frente; el otro, en el cuello.

Marescal, que afectaba la mayor reserva, los examinó detenidamente, pero sin cambiarles de posición; registró sus bolsillos y los cubrió con un paño.

—Tengo la impresión, señor comisario—dijo Raúl, a quien la vanidad y las pretensiones de Marescal no habían escapado—, de que ha andado usted mucho por el camino de la verdad. Se adivina que es usted un maestro. ¿No podría comunicarme algo?...

—¿Por qué no?—dijo Marescal, llevándose a Raúl hacia otro departamento—. Los gendarmes no van a tardar; el médico, tampoco. Con el objeto de dejar bien sentada la posición que adopto, y asegurarme el beneficio de ella, no tengo inconveniente en exponer ahora el resultado de mis investigaciones.

—¡Vaya, señor almibarado! — se dijo Raúl—. No puede usted escoger mejor confidente que yo.

Pero simuló quedar confuso por tal honor. ¡Qué alegría!

El comisario le rogó que tomara asiento y empezó diciendo:

—Sin dejarme influir por ciertas contradicciones ni adentrarme en detalles, quiero hacer resaltar dos hechos que, a mi parecer, son primordiales, de una importancia considerable. Primero, éste: la joven inglesa, según usted, ha sido víctima de un error. Sí, señor, sí. No se asombre. Tengo pruebas. A la hora fijada por la prevista disminución de marcha del tren, los bandidos, que se encontraban en el vagón siguiente (recuerdo haberlos visto

de lejos y hasta que eran tres), atacan a usted, le roban, atacan a su vecina, van a atarla... Pero, bruscamente, lo dejan todo y se van más lejos, al departamento final... ¿Por qué ese cambio?... ¿Por qué?... Porque se han equivocado, porque la joven estaba oculta por un abrigo, porque creyendo habérselas con un hombre han visto una mujer. De ahí su pasmo. «¡Cristo! ¡Una mujer!» Por eso se alejan con precipitación. Exploran el pasillo y descubren a los dos hombres buscados, que son los que hay ahí. Como se defienden, los matan a tiros de revólver y les despojan hasta el punto de no dejarles nada. Maletas, paquetes, todo ha desaparecido. ¡Hasta las gorras!... Primer punto netamente establecido, ¿no?

Raúl estaba sorprendido, no de la hipótesis, porque él mismo la había admitido desde un principio, sino de que Marescal la hubiese podido distinguir con tanta agudeza y lógica.

—Vamos al segundo punto—continuó diciendo el policía, a quien envanecía la admiración de su interlocutor.

Enseñó a Raúl una cajita de plata finamente cincelada.

—Esto lo he cogido detrás del asiento.

—Es una tabaquera, ¿no?

—Antiguamente, así se llamó... Ahora hacía de pitillera... Mire: siete pitillos... Tabaco rubio, de mujer...

—O de hombre—insinuó Raúl, sonriendo—.

¡Si no había más que hombres!...

—Insisto en que es de mujer...

—¡Imposible!

—Olfatee la caja.

La puso, en efecto, bajo las narices de Raúl, que luego de haber aspirado, afirmó:

—Sí, sí... Se nota un perfume de mujer que lleva la pitillera en su bolso con el pañuelo, los polvos y el vaporizador de bolsillo. El olor es característico.

—¿Entonces?

—¿Qué voy a decirle?... Que aquí hemos encontrado dos hombres muertos y que... otros dos hombres han atacado y han huído luego de matar.

—¿Por qué no un hombre y una mujer?

—¿Una mujer?... ¿Iba a ser mujer uno de los bandidos?

—¿Y la pitillera?

—Es una prueba insuficiente.

—Tengo otra.

—¿Cuál?

—El tacón, ese tacón de zapato que han recogido en la maleza, entre raíces. ¿Cree usted que se necesita más para formar una firme convicción respecto al segundo punto? Lo enunciaré, pues, así: de los dos agresores, uno era hombre y otro mujer.

La clarividencia de Marescal escamó a Raúl, que, no obstante, se guardó muy mucho de demostrarlo y, entre dientes, como si la exclamación fuera involuntaria, dijo:

—¡Es usted tremendo!

Y añadió:

—¿No hay nada más? ¿No hay otros descubrimientos?

—¡Oh!—exclamó el otro, riendo—. ¡Déjeme siquiera respirar!

—¿Acaso tiene intención de trabajar toda la noche?

—Al menos hasta que traigan a los dos fugitivos, lo cual no será muy tarde si se atienen a mis instrucciones.

Raúl había seguido la disertación de Marescal con el talante bonachón de un pobre señor que confía a otro la tarea de aclarar y desenredar un asunto del que él no comprende gran cosa. Y ahora movió la cabeza y dijo bostezando:

—Pues que se divierta, señor comisario. En cuanto a mí, le confieso que tantas emociones me han derrengado y que un descanso de una o dos horas...

—Tómelo —aprobó Marescal—. Cualquier departamento le puede servir para ello... Este mismo, ¿no?... Yo procuraré que nadie le estorbe... Y cuando acabe esto, le haré compañía en el descanso...

Raúl se encerró, tiró las cortinillas y veló el globo luminoso. En aquel momento no tenía una idea clara de lo que haría. Los muy complicados acontecimientos no se prestaban todavía a una solución madura. Así es que se contentaba con espiar las intenciones de Marescal y resolver el enigma de su conducta.

—¡Te he cogido, señor gomoso!—pensaba—. Eres como el cuervo de la fábula, que, a fuerza de elogios, abrió el pico. Tienes un admirable golpe de vista, pero eres demasiado parlanchín. En cuanto a que consigas apoderarte de la desconocida y de su cómplice, me extrañaría mucho. Es una tarea que habré de realizar yo en persona.

De pronto, hacia la estación, se levantó un rumor de voces que pronto adquirió proporciones de clamores. Raúl aguzó el oído. Mares-

cal, asomado a una ventanilla del pasillo, gritaba a quien se acercaba:

—¿Qué ocurre?... ¡Ah! Los gendarmes. Perfectamente... No me equivoco, ¿eh?

Alguien le contestó:

—El jefe de la estación me ha enviado aquí, señor comisario.

—Es usted el sargento, ¿verdad? Bien. ¿Ha habido detenciones?

—Una sola, señor comisario. Uno de los perseguidos ha caído de cansancio en la carretera, a un kilómetro de aquí. El otro ha podido escapar.

—¿Y el médico?

—Estaba engancho cuando hemos pasado. Pero tenía una visita antes de llegar aquí. Vendrá dentro de unos cuarenta minutos.

—¿A cuál han detenido? ¿Al más pequeño?

—Sí; es pequeño, muy pálido... Lleva una gorra muy grande... Y llora... Dice que hablará, pero sólo ante el señor juez, por quien pregunta.

—¿Lo ha dejado en la estación?

—Allí está, bien vigilado.

—Voy, pues.

—Si no le contraría, señor comisario, me gustaría antes ver lo que ha sucedido en el tren.

Subió el sargento con un gendarme. Marescal, que le recibió en lo alto del estribo, le llevó seguidamente ante el cadáver de la inglesa.

—¡Esto marcha!—pensó Raúl, que no había perdido una palabra del diálogo—. Si el gomoso comienza ahora con explicaciones me va a dejar tiempo suficiente.

Ya veía claro en el desorden de su espíritu, ya discernía las intenciones verdaderamente inesperadas que de pronto surgían en él sin permiso de su voluntad y sin que pudiese comprender el secreto motivo de ellas.

Bajó el gran cristal de la ventanilla y se asomó a la doble línea de los rieles. Nadie. Ninguna luz.

Y saltó.

III

UN BESO EN LA SOMBRA

LA estación de Beaucourt se hallaba en un descampado, lejos de toda población o morada. Una carretera perpendicular al camino de hierro la une con Beaucourt y Romillaud, donde se encuentra el puesto de gendarmes, y con Auxerre, de donde eran esperados los magistrados. Es cortada en línea recta por la carretera nacional, paralela al ferrocarril y distanciada de él medio kilómetro.

Sobre el andén habían reunido toda clase de iluminación disponible—lámparas, bujías, linternas, faroles—, lo cual obligó a Raúl a tomar infinitas precauciones para avanzar. El jefe de estación, un empleado y un obrero conversaban con el gendarme de vigilancia, cuya elevada talla se erguía ante la puerta abierta de par en par de un cuarto lleno de paquetes que estaba destinado al servicio de mercancías.

En la semioscuridad de aquel cuarto había montones de cestos y cajas, así como gran va-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

30410